

ACTAS DEL III CONGRESO IBERO-AFRICANO DE HISPANISTAS

Noureddine Achiri, Álvaro Baraibar
y Felix K. E. Schmelzer (eds.)



Noureddine Achiri, Álvaro Baraibar y Felix K. E. Schmelzer (eds.), *Actas del III Congreso Ibero-Africano de Hispanistas*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 29 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-451-5.

UNA AMISTAD EN VERSOS:
POEMAS DE GÓNGORA A DON RODRIGO CALDERÓN

Karidjatou Diallo
Universidad de Bouaké (Costa de Marfil)

De las numerosas biografías¹ de don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, uno de los ministros más influyentes de Felipe III, muy pocas aluden a su amistad con el poeta cordobés, Góngora. Descubrimos la existencia de esta relación afectiva entre ambos por R. Jammes, Matas Caballero y el mismo poeta. Según el primero, Góngora es:

El único poeta de quien se sabe de fuente segura que fue «amigo» o que tuvo un trato con don Rodrigo. [...] El valido del duque de Lerma empezó a protegerlo sólo a partir de 1617, cuando Góngora vino a Madrid. Y es muy sabido que, a partir de esta última fecha hasta la muerte trágica de su protector, Góngora le permaneció fiel, como se puede ver tanto en sus cartas como en sus poesías².

En cuanto a Matas Caballero, en el análisis de un epitafio de Góngora a don Rodrigo, sostiene que «don Luis tuvo una relación especial³ con don Rodrigo, el conde de Villamediana y el conde de Lemos».

¹ Desde el siglo XVII hasta hoy en día, no han faltado cronistas (Sainz de Robles, 1932) historiadores (Martínez Hernández, 2009), científicos (Carrascal Antón, 1984), juristas (Ossorio y Gallardo, 1918), literatos (Matas Caballero, 2001; Diallo, 2009; Vargas-Zúñiga, 2003), etc., que hayan llevado a cabo un estudio parcial o total de sus trabajos sobre la insólita vida y muerte del ínclito personaje.

² Jammes, 1987, pp. 277-279.

³ Matas Caballero, 2001, p. 450.

Góngora también lo da a entender en algunas composiciones en verso. Si bien el trasfondo de esta relación amistosa es de mecenas, protector/protegido, como se desprende de la cita de Jammes, no se debe pasar por alto que en el Siglo de Oro estas relaciones iban más allá de la simple protección⁴ llegando a convertir a sus protagonistas en verdaderos amigos, como lo demuestra el caso de Quevedo, el conde de Villamediana y el conde de Olivares. Por ello, a los lazos que compartieron don Rodrigo y Góngora los llamaré simplemente «amistad», definida por el *Diccionario de las Autoridades* como «Afecto personal, puro y desinteresado, compartido con otra persona, que nace y se fortalece con el trato / Merced, favor».

Las composiciones del vate cordobés inspiradas en la muerte del marqués de Siete Iglesias serán el eje de mi trabajo ya que servirán para contestar a este interrogante: ¿Cómo se refleja la tragedia personal de don Rodrigo en los versos de Góngora, un artista que gozó de su influencia y protección, se relacionó con él durante su carrera política, presenció su caída en desgracia y su ejecución?

Para llevar a cabo mi análisis, primero abordaré someramente la temática y la forma de algunos de sus poemas dedicados a don Rodrigo Calderón, cuya intencionalidad y aspectos emotivos repasaré más adelante. Los aludidos poemas, todos elegíacos y de distinta versificación, son nueve en total⁵ (una letrilla, cinco sonetos, dos décimas, una silva), pero no los citaré todos.

En lo que se refiere al tema de las composiciones, si bien tratan, como lo dije anteriormente de don Rodrigo Calderón, los poemas se focalizan únicamente en la etapa final de su vida, es decir, su ejecución y muerte. Esta temática se pone al servicio de la intención creadora de Góngora que la explota sea para denunciar, alabar, advertir, expresar sus sentimientos profundos, su estado de ánimo ante este tan inesperado acontecimiento, e incluso para todo ello a la vez. Por lo que un mismo poema o parte de sus estrofas puede ilustrar distintos aspectos de este análisis.

Los poemas que identifico como *poemas-denuncia* son los que defienden la imagen pública, el prestigio que el marqués perdió a raíz de su arresto y encarcelamiento. Denuncian la hipocresía y la false-

⁴ Confiere, entre otros, Ponce, 2009 y Matas Caballero, 2005.

⁵ Proviene de Góngora y Argote, 1931, 1988; Rodríguez-Moñino, 1946, pp. 19-33; y Pérez Gómez, 1955.

dad de sus contemporáneos, la inacción y la traición de sus protectores, todos causantes de su trágico final. El tono de los versos es de reproche como en el primer terceto del poema 1.

Sella el tronco sangriento no lo oprime
de aquel dichosamente desdichado
que de las inconstancias de su hado
esta pizarra apenas lo redime
Piedad común en vez de la sublime
una justamente le han negado
padrón le erige en bronce imaginado
que en vano el tiempo en las memorias lime
Risueño con él tanto como falso
el mundo cuatro lustros, en la risa
el cuchillo quizá envainaba agudo
Del sitio después al cadahalso
precipitado, o cuanto nos avisa
o cuanta trompa es su ejemplo mudo.

Al margen o junto a estas denuncias, existen versos y poemas enteros con intención laudatoria: son los que llamo *poemas-alabanza*. Sugieren que la valiente y gloriosa muerte del Marqués le colocó entre los bienaventurados que han alcanzado la vida eterna y gozan de la inmortalidad. Esta creencia muy frecuente en los poemas funerarios del XVII, se edifica doblemente en el poema 2: Primero con la idea de la resurrección tras la muerte violenta (EE.3-4), luego con la alegoría del renacer del ave fénix como prueba de la dualidad vida/muerte (EE.1-2), tópico también muy usual en la poesía barroca:

Ser pudiera tu pira levantada
de aromáticos leños construida
o fénix en la muerte si en la vida
ave aun no de sus pies desengañada.
Muere en quietud dichosa y consolada
a la región asciende esclarecida
pues de más ojos que desvanecida
tu pluma fue, tu muerte es hoy llorada.
Purificó un cuchillo en vez de llama
tu ser primero y gloriosamente
de su vertida sangre renacido.

Alas vistiendo no de vulgar fama
de cristiano valor, sí, de fe ardiente
más deberá a su tumba que a su nido. (Poema 2)

El poema explota así el dogma cristiano según el cual una muerte humilde da acceso a una mejor vida en el más allá. La muerte, en este caso el cuchillo del verdugo (v. 9), se convierte en un crisol limpiador de almas y en la vía de acceso a la vida eterna, como lo sugería Santa Teresa de Jesús⁶, y se afianza así como «triunfo definitivo de lo divino sobre lo terreno»⁷, según Martínez Ruiz. Los siguientes versos de los poemas 3 y 4 subrayan el paso a mejor vida de don Rodrigo, gracias a su humilde y gloriosa muerte:

Alaban esta valentía en el cadalso:
Gentilicio el valor griego y romano
cuanto la antigüedad celebra, calle
pasmé la admiración a lo que ha visto
con fortaleza y cual el ser cristiano
cuan larga hasta el suplicio fue la calle
los ojos lleva y ánimos en un cristo
y el suceso previsto fue la facción
maravillosa en todo
gloriosa, y que en el modo
salió de aquesta vida el alma por la herida
la posibilidad porque se asombre
por la humilde caída
eterno vive y vivirá su nombre. (Poema 3, vv. 56-68)

Quedó la cabeza hermosa
como rama desgajada
y aun no del tronco colgada
dando vista lastimosa
Alma, pues gozas dichosa
de Dios, pues a Dios volaste
que de envidiosos dejaste
pues ven en tu triste historia
que al fin se canta la gloria
y al fin la gloria cantaste. (Poema 4, D.6, vv. 50-60)

⁶ Jesús, Santa Teresa de, *Textos fundamentales*, p. 209.

⁷ Martínez Ruiz, 1996, p. 298.

En esta misma línea de las alabanzas, Góngora, en el poema 5, combina la ironía con la *laudatio* y la *consolatio*, dos estratos del epicedio clásico, contraponiendo vocablos como «bárbaro ejecutor / ministro fiero» v. 5; «espíritu vil acobardado / ejemplar severo» (EE.1-2) y encomiando al difunto en los tercetos. El soneto no pierde su carácter elegíaco a pesar de la ausencia del tercer estrato del epicedio, la *lamentatio*, que habría resaltado probablemente el grado de aflicción del poeta por la desgracia del malogrado Marqués, aunque podría también aumentar su artificiosidad.

Temió la mano que puso el acero
 acobardose el golpe acelerado
 que del varón heroico infeliz hado
 jamás oprime el ánimo sincero.
 Bárbaro ejecutor ministro fiero
 en tu delito quedas disculpado
 que el espíritu vil acobardado
 mal ejecuta el ejemplar severo.
 Y tú, cadáver, que envidiado has sido
 cuando pompa profana te dio aliento
 hoy aviva envidia su cuidado
 Emula fue tu fama en el olvido
 porque si mueres por vivir violento
 ya vives con morir desengañado. (Poema 5)

Si bien es verdad que las alabanzas al difunto como consuelo son numerosas en la poesía barroca, Góngora no se limita exclusivamente a este propósito. En su repertorio a don Rodrigo, hace muestra de una diversidad que avala su fama culta. Esta variedad creativa nos ofrece versos denunciadores (como los que vimos anteriormente), exhortativos, admonitorios y avisadores que abordaremos enseguida.

En los poemas o fragmentos de poema de esta índole, que llamaré *poemas-avisos*, Góngora se sirve de la desgracia del malogrado marqués para advertir de los reveses de fortuna. La alusión a la caída de su encumbrado puesto y a su ejecución final deja unas enseñanzas que el poeta pretende que surtan unos efectos canalizadores de las ambiciones tanto de los políticos como de todo ser humano. Una de esas enseñanzas es la falta de firmeza de los logros terrenales, lo que depara a veces finales trágicos. Son versos fácilmente reconoci-

bles por su forma sentenciosa que enfatiza la mudanza de fortuna (vv. 9-10/13-14), por el uso del imperativo de indicativo, por la presencia de un destinatario preciso, (vv. 1, 15, 19) y sobre todo, por divulgar advertencias (v. 5):

Mire el privado sublime
 cuando más feliz se vea
 que lo que estima no sea
 después lo que le lastime.
 A su favor no se arrime
 que es báculo quebradizo
 y edificio movedizo
 imagen que poco dura
 pues suele quebrar su hechura
 a veces al que la hizo.
 Mire que es mejor que oírlo
 pues lo ha visto en el más alto
 que muchas veces hay salto
 de la privanza al cuchillo.
 El sabio puede sentirlo
 para que proceda bien
 que como teme al vaivén
 anda en todo recatado
 que el necio desconfiado
 pierde y perdido le ven. (Poema 4, DD.2-3)

En los *poemas-aviso* caben también los siguientes donde Góngora, en su afán altruista por proteger a su prójimo de las consecuencias a veces nefastas del poder, convierte al marqués en el icono, el reflejo de su vertiente destructora (vv. 5-10). Para dar más valor a sus advertencias, saca a relucir como prueba complementaria y definitiva, el caso de otro valido que conoció la misma mala suerte que nuestro marqués: don Álvaro Luna, Condestable de Castilla, ejecutado públicamente en el siglo xv. El paralelismo entre ambos casos de ilustres personajes ajusticiados reside, a mi modo de ver, en que los dos cayeron de sus encumbrados puestos como el mitológico personaje Faetón, tras haber tocado casi el cielo, quemados por el poder.

Ya don Rodrigo acabó
 si con su muerte se acabaron
 las víboras que picaron
 su honra, no lo sé yo.
*Sé que un espejo dejó
 de la privanza a privados
 para que desengañados
 en su luna puedan ver
 que el eclipsarse y caer
 es de los más levantados.* (poema 4, D.1)

Los poemas citados hasta el momento cantan la gloria de don Rodrigo, alaban su valentía en la muerte, denuncian la traición de sus compañeros, advierten de las mudanzas de fortuna pero en ningún momento dejan vislumbrar el estado anímico del poeta ni las repercusiones del drama de su protector sobre él. Recuerdan por momentos la mayoría de la producción poética barroca relacionada con la muerte que se escribía para seguir la moda de la época. Aunque cabe decir que los versos de Góngora a don Rodrigo tienen ciertos matices de fondo que los distinguen de esa copiosa poesía funeral cuya abundancia y falta de sustancia les ha valido a veces el marbete de «poesía de circunstancia» porque inspiradas, según Camacho Guizado,

Más por las presiones sociales o la situación económica o política del poeta que por un auténtico sentimiento de pesar ante la muerte de una persona determinada⁸.

En esos poemas que se limitan a alabar al difunto y su sepulcro, principalmente para no quedarse a la zaga de los demás poetas ni al margen de las celebraciones de una insigne defunción, el fondo triste y afligido pierde cuerpo en favor de la forma.

Sin embargo, Góngora dedica un soneto elegíaco a don Rodrigo que llama nuestra atención por su carga emotiva, la aniquilación moral del poeta ante la muerte de un ser querido, la expresión de su dolor y su grado elevado de sinceridad. En el poema, una «elegía íntima», es decir «una auténtica expresión de dolor interior»⁹, según

⁸ Camacho Guizado, 1969, p. 158.

⁹ Martínez Ruiz, 1996, p. 298.

Martínez Ruiz, Góngora llora la desaparición no sólo de don Rodrigo, sino también de los condes de Villamediana y de Lemos (Pedro Fernández de Castro Andrade y Portugal) ocurridas trágica y sucesivamente entre 1621 y 1622. Los tres, muy íntimos del poeta, se homenajean en este soneto, reflejo, como afirma Dámaso Alonso, «de la fuerte impresión de la mortalidad humana producida en Góngora por esos sucesos tan rápidos como imprevistos¹⁰».

Al tronco descansaba de una encina
que envidia de los bosques fue lozana,
cuando segur legal una mañana
alto horror me dejó con su ruina.
Laurel que de sus ramas hizo dina
mi lira, ruda sí, mas castellana,
hierro luego fatal su pompa vana
(culpa tuya, Calíope) fulmina.
En verdes hojas cano el de Minerva
árbol culto, del Sol yace abrasado,
aljófar sus cenizas de la yerba.
¡Cuánta esperanza miente a un desdichado!
¿A qué más desengaños me reserva?
¿A qué escarmientos me vincula el hado? (Poema 6)

El soneto tiene una peculiar configuración en la medida en que cada una de las tres primeras estrofas tiene un protagonista propio, y la cuarta lo cierra con una nota de escepticismo. Es una elegía conjunta a 3 personas, representadas por tres árboles cargados de simbolismo. La estrofa 1 alude a don Rodrigo que se identifica con «la encina» por su robustez; la segunda se refiere al conde de Villamediana, metafóricamente «laurel»; y la última, al conde de Lemos, la «Minerva» del poema. Me centraré en la primera y última estrofas por su relación con mi trabajo.

La primera estrofa plasma con acuidad y énfasis el desamparo del poeta causado por la pérdida de su apoyo, protector y amigo, don Rodrigo:

Al tronco descansaba de una encina
que envidia de los bosques fue lozana,

¹⁰ Dámaso Alonso, 1961, p.382.

cuando segur legal una mañana
alto horror me dejó con su ruina.

En todo el poema, pero sobre todo en el terceto final, se desprende inevitablemente un fuerte pesimismo que refleja la preocupación y el escepticismo del hombre barroco ante la omnipresente muerte. La reacción de Góngora, como la de la mayoría frente a este imprevisible e inevitable enemigo, es expresar su dolor (EE.1-3). Este dolor, sustituido luego por la impotencia (E.4), es la exteriorización del impacto de esas tres desapariciones en su vida. Góngora trata así de aliviarse mientras espera su turno porque no ignora lo inexorable de la muerte que a todos llega. En el último terceto, el poeta transmite una sensación de inacabado, de pérdida de esperanza en el porvenir con la expresión de sus dudas e incertidumbres mediante un verso exclamativo y dos preguntas retóricas:

¡Cuánta esperanza miente a un desdichado!
¿A qué más desengaños me reserva?
¿A qué escamientos me vincula el hado?

CONCLUSIÓN

El elogio incesante de Góngora a don Rodrigo, su presentación como la víctima por excelencia del revés de fortuna cuyo ejemplo tendría que encauzar la ambición política, la denuncia de la hipocresía de sus contemporáneos, la carga emocional del último poema, así como la variedad estrófica de los poemas citados, confirman de alguna manera los lazos especiales que unían al vate cordobés con el marqués de Siete Iglesias. No importa, a mi modo de ver, la calidad de los poemas (que por cierto no hay que poner en duda) ni la sinceridad de esos lazos, sino la constancia que el poeta deja de ellos después de desaparecer su protector y amigo porque es consciente de que «los versos en elogio del difunto son un presente que desafía la caducidad de la vida terrena»¹¹. Por lo que pregunto: ¿qué mejor muestra poética de afecto a un amigo o un ser querido muerto que dedicarle un poema que pervive al paso del tiempo y mantiene

¹¹ Ramajo Caño, 1993, pp. 449-456.

vivos sus recuerdos a lo largo de siglos, como doy testimonio de ello en esta comunicación?

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Dámaso, *Góngora y el Polifemo*, Madrid, Gredos, 1961.
- Camacho Guizado, Eduardo, *La elegía funeral en la poesía española*, Madrid, Gredos, 1969.
- Carrascal Antón, Federico, *Don Rodrigo Calderón: entre el poder y la tragedia*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 1997.
- Diallo, Karidjatou, *La figura de don Rodrigo Calderón a través de la literatura*, Madrid, Servicio de Publicaciones. Universidad Complutense, 2009. <<http://eprints.ucm.es/9547/1/T31055.pdf>> [13/04/2015]
- Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1963.
- Góngora y Argote, Luis de, *Poesías inéditas a la muerte de don Rodrigo Calderón: según una copia de la época existente en la Biblioteca Vaticana*, transcrita por M. C. Gijón, Roma [s.n.] 1931.
- Góngora y Argote, Luis de, *Letrillas*, ed. Robert Jammes, Madrid, Castalia, 1988.
- Jammes, Robert, *La obra poética de don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, Castalia, 1987.
- Jesús, Santa Teresa de, *Camino de perfección*, ed. José María Aguado, Madrid, Espasa-Calpe, 1969.
- Jesús, Santa Teresa de, *Textos fundamentales*, ed. Ciriaco Morón Arroyo, Madrid, Taurus, 1982.
- Martínez Hernández, Santiago, Rodrigo Calderón, *La sombra del valido. Privanza, favor y corrupción en la corte de Felipe III*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009.
- Martínez Ruiz, Francisco Javier, «Hacia una caracterización de la elegía funeral barroca», en *La elegía, III Encuentro Internacional Sobre Poesía del Siglo de Oro*, ed. Begoña López Bueno, Sevilla, Universidad de Sevilla y Córdoba/Grupo P.A.S.O., 1996, pp. 287-316.
- Matas Caballero, Juan, «Epitafio a don Rodrigo Calderón: Del proceso sumarísimo al sumario tópico-literario del proceso», en *Silva: studia philologica in honores Isaiás Lerner*, Madrid, Castalia, 2001, pp. 433-450.
- Matas Caballero, Juan, «Un espantoso rumor de tremenda batalla. Entre Góngora y el duque de Béjar», en *El mecenazgo literario en la casa ducal de Béjar durante la época de Cervantes*, ed. J. Ignacio Díez, Valladolid, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005, pp. 43-74.
- Ossorio y Gallardo, Ángel, *Los hombres de toga en el proceso de D. Rodrigo Calderón*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1918.

- Pérez Gómez, Antonio, *Romancero de don Rodrigo Calderón (1621-1800)*, Valencia, "...La fuente que mana y corre...", 1955.
- Ponce Cárdenas, Jesús, «Góngora y el conde de Niebla. Las sutiles gestiones del mecenazgo», *Criticón*, 106, 2009, pp. 99-146.
- Ramajo Caño, Antonio, «Las huellas clásicas de un poema de Lope de Vega: "En la muerte de Baltasar Elisio de Medinilla"», en *Studia aurea: actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993)*, ed. Ignacio Arellano, Carmen Pinillos, Marc Vitse y Frédéric Serralta, Pamplona, GRISO/LEMSO, 1996, vol. 1, pp. 449-456.
- Rodríguez-Moñino, Antonio, *Curiosidades bibliográficas: Rebusca de libros viejos...*, Madrid, Langa y Cía., 1946, pp. 19-33.
- Sainz de Robles, Federico Carlos, *Vida, proceso y muerte de Rodrigo Calderón*, Barcelona, Iberia, 1932.
- Vargas-Zúñiga, Manuel, *Del Sitial al Cadalso: Crónica de un crimen de estado en la España de Felipe IV*, Barcelona, Belacqva/Carroggio, 2003.

